

Capítulo

1

Lo curioso de Nueva York es que nunca sabes lo que te puedes encontrar detrás de una puerta. La detective de homicidios Nikki Heat reflexionaba sobre eso, como tantas otras veces, mientras aparcaba el Crown Victoria y observaba cómo las luces de un coche de policía y de una ambulancia lamían las fachadas de la calle 74 con Ámsterdam. Ella sabía, por ejemplo, que la sencilla puerta de la licorería conducía a una cueva artificial de color beis claro y terracota abarrotada de botellas que anidaban en las cavidades de las paredes recubiertas de piedras de río importadas de Francia, y que al otro lado de la calle, tras la puerta de lo que en su momento había sido un banco de la época de Roosevelt, había una escalera de caracol que bajaba hacia un montón de jaulas de bateo que se llenaban de aspirantes a las principales ligas de béisbol y de niños que celebraban sus cumpleaños las tardes de los fines de semana. Pero aquella madrugada, pasadas las cuatro, la puerta más anodina de todas, la de cristal translúcido sin otra particularidad que unos sencillos números negros sobre unas láminas adhesivas de metal dorado, de las que se compran en las ferreterías, la conduciría a uno de los interiores más insospechados de la silenciosa manzana.

Aumenta el calor

Un agente apostado delante de la puerta pateaba el suelo para entrar en calor, enmarcado por la luz que emergía del escenario del crimen, procedente de un reflector de tamaño industrial que habían instalado para poder trabajar y que transformaba el lechoso cristal en el cegador portal de *Encuentros en la tercera fase*. Nikki pudo ver su aliento a treinta metros de distancia.

Salió del coche y, aunque el aire le cortaba en las fosas nasales y hacía que los ojos se le llenaran de lágrimas, Nikki no se abrochó el abrigo para protegerse de él. En lugar de ello, lo separó con el dorso de la mano en un gesto rutinario para asegurarse un acceso rápido a la Sig Sauer que llevaba enfundada debajo. A continuación, incluso helada como estaba, la detective se detuvo para llevar a cabo su ritual: un paréntesis para honrar al fallecido con el que estaba a punto de encontrarse, ese instante breve, silencioso y privado que Nikki Heat vivía como un interludio ceremonial cuando llegaba a cualquier escenario de un crimen. Su propósito era simple: reafirmar el hecho de que, ya fuera víctima o verdugo, ante todo, el cadáver que la esperaba era un ser humano y merecía que lo respetaran y que le dedicaran una atención personalizada, en lugar de tratarlo como un número más de las estadísticas.

Nikki inspiró lentamente y el aire le recordó al de aquella noche de hacía una década. Una víspera de Acción de Gracias en la que ella había ido a casa durante las vacaciones de la universidad y su madre había sido brutalmente apuñalada hasta la muerte en el suelo de la cocina. Cerró los ojos para entregarse a «su momento».

—¿Algún problema, detective? —Fin del momento. Heat se volvió. Un taxi se había detenido y el pasajero le hablaba desde la ventanilla del asiento trasero. Reconoció tanto al cliente como al conductor, y sonrió.

—No, Randy, estoy bien. —Heat se acercó al taxi y le estrechó la mano al detective Randall Feller—. ¿Estás evitando meterte en líos?

—Espero que no —dijo mientras se reía de aquella forma que a Nikki tanto le recordaba a John Candy—. ¿Te acuerdas del Holandés? —le preguntó señalando con la cabeza al detective Van Meter, que iba sentado delante, en el asiento del conductor. Feller y Van Meter trabajaban de incógnito en la Brigada de Taxis del Departamento de Policía de Nueva York, un cuerpo especial de lucha contra el crimen que formaba parte de Operaciones Especiales y cuyos miembros recorrían las calles de Nueva York en taxis amarillos acondicionados. Los policías de paisano de la Brigada de Taxis eran muy de la vieja escuela. Solían ser tíos duros que no se andaban con chorradas, hacían lo que les daba la gana e iban a donde les apetecía. Los machotes de los taxis callejeaban a su antojo para pillar a los delincuentes con las manos en la masa aunque, con el auge de la policía científica, últimamente habían sido relegados a patrullar las zonas donde proliferaban los asaltos, los robos y la delincuencia callejera.

El policía que iba al volante bajó la ventanilla y la saludó sin mediar palabra con un movimiento de cabeza, lo que hizo que Nikki se preguntara por qué Van Meter se había molestado en abrirla.

—Deja de comerle la oreja, Holandés —dijo el detective Feller, de nuevo con aquella risita de Candy—. Qué suerte que te hayan llamado en plena noche, Nikki Heat.

—Los hay que no tienen consideración. A quién se le ocurre dejarse asesinar a estas horas —añadió el Holandés. Heat no creía que el detective Van Meter se parase demasiado a reflexionar antes de ver un cadáver.

—Chicos, no es que no me guste estar aquí quieta a cuatro grados bajo cero, pero una víctima me espera.

Ola de calor

—¿Dónde está tu acompañante? —preguntó Feller con considerable interés—. El escritor, ¿qué es de él?

Ya estaba Feller echando de nuevo el anzuelo, como siempre que sus caminos se cruzaban, para ver si Rook seguía aún en escena. Feller le había echado el ojo a Nikki hacía unos meses, la noche en que esta había logrado escapar de un asesino a sueldo en el *loft* de Rook. Tras la pelea con el texano, él y el Holandés habían sido de los primeros policías que habían acudido en su ayuda. Y, desde entonces, Feller nunca perdía la oportunidad de fingir que no sabía el nombre de Rook ni de tantear el terreno. Pero Heat hacía oídos sordos. No era ajena al interés que despertaba en los hombres, incluso le gustaba siempre y cuando no cruzaran la línea, pero Feller... En una comedia romántica, él formaría parte de la parte cómica más que de la romántica. Vaya, que sería más bien el hermano bromista que el objeto de deseo. El detective Feller era divertido y su compañía le agradaba, pero más para tomarse unas cervezas en el bar de los polis que para estar en el Sancerre a la luz de las velas. Hacía dos semanas lo había visto salir del baño de caballeros de Plug Uglies con un trozo de papel higiénico alrededor del cuello, mientras le preguntaba a todo el mundo si quería un babero para comer langosta.

—¿Qué es de su vida? —repitió Nikki—. Está de viaje por trabajo. Pero volverá a finales de esta semana —añadió para que captara la indirecta. Pero el detective percibió algo más en su voz.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Bueno —dijo Heat con demasiada brusquedad—. Muy bueno. Buenísimo —exageró como para convencerse a sí misma.

* * *

Lo que a Nikki le esperaba al otro lado de la puerta no era precisamente un santuario urbano consagrado a la enología lleno de botellas verdes artísticamente colocadas, ni el sonido metálico de un bate de aluminio seguido por el ruido sordo de una bola al chocar contra una reja acolchada. En su lugar, una asfixiante mezcla de incienso e intensos vapores de disolvente de limpieza salió a recibirla mientras bajaba un tramo de escaleras hacia el sótano. A su espalda, el detective Van Meter emitió un «Puaj» ahogado y, mientras Heat rodeaba el descansillo para bajar el último tramo, oyó cómo el Holandés y Feller se enfundaban los guantes.

—Como pille una enfermedad de transmisión sexual aquí abajo, no dejaré de interponer demandas hasta que sea dueño de esta puta ciudad.

Una vez en el sótano, llegaron a un sitio que solo se podía denominar «recepción» siendo generosos. Las paredes de ladrillo pintadas de color carmesí, el mostrador de formica y las sillas de catálogo de Internet le recordaron al vestíbulo de un pequeño gimnasio privado, y no precisamente muy exclusivo. En la pared del fondo había cuatro puertas, todas abiertas. Tres de ellas daban paso a habitaciones oscuras, iluminadas únicamente por el haz de intensa luz procedente de los reflectores con pie que la policía científica había instalado para iluminar el vestíbulo durante la investigación. De la puerta del fondo, desde cuyo umbral el detective Raley observaba la actividad de brazos caídos, salía más luz, salpicada por las luces estroboscópicas. El policía vio a Nikki por el rabillo del ojo y fue hacia ella.

—Bienvenida a Lazos de Placer, detective Heat —dijo.

La deformación profesional hizo que Nikki comprobara las otras tres habitaciones antes de entrar en el escenario del crimen propiamente dicho. Sabía que Raley y los agentes que habían llegado antes ya lo habían hecho, pero aun así asomó la cabeza

dentro de cada una de ellas para echar un vistazo rápido. Lo único que pudo distinguir en la oscuridad fueron las siluetas de objetos y muebles para *bondage* y el carácter temático de los cuartos. Respectivamente, un tocador victoriano, un cuarto para jugar a los animales y una sala de privación sensorial. Durante las horas posteriores, la policía científica las iluminaría para buscar pruebas forenses, pero por el momento la detective estaba satisfecha con aquella visión general. Heat sacó los guantes y se dirigió a la puerta del fondo, donde Feller y Van Meter esperaban educadamente detrás de Raley. Aquel era el caso de Nikki, era su territorio y un protocolo tácito decía que ella iba antes que ellos.

El cadáver estaba desnudo y atado por las muñecas y los tobillos a un armazón en forma de equis conocido como «cruz de San Andrés». La estructura estaba atornillada al suelo y al techo en medio de la habitación y el cuerpo del hombre estaba encorvado hacia delante, con las rodillas dobladas y las nalgas colgando sobre el linóleo. Al no disponer ya de la sujeción de los músculos, el peso de aquella mole, que Heat calculó que tendría casi ciento veinte kilos, hacía que se estiraran las ligaduras de las muñecas que estaban sujetas muy por encima de la cabeza y que los brazos dibujaran una tensa «Y».

El detective Feller empezó a cantar en voz baja el estribillo de la canción «YMCA» hasta que Nikki le dirigió una gélida mirada. Frustrado, se cruzó de brazos y miró a su compañero, que se encogió de hombros.

—¿Qué tenemos, Rales? —le preguntó Heat a su detective.

Raley consultó una única página de anotaciones.

—No demasiado, por ahora. Mira —dijo haciendo un barrido del cuarto con el brazo—: no hay ni ropa, ni documentos identificativos, ni nada. Las empleadas de la limpieza que

vienen después de cerrar fueron las que lo encontraron. No hablan inglés, así que Ochoa está haciendo los honores en comisaría, tomándoles declaración. Sin embargo, para empezar sabemos que dicen que este sitio cierra sobre la una, a veces a las dos, y que es entonces cuando ellas vienen. Estaban haciendo su trabajo como siempre, creyendo que estaban solas, hasta que entraron aquí en la...

—En la cámara de tortura —dijo Nikki—. Las salas son temáticas. Esta es la de tortura y humillación. He trabajado en antivicio —añadió interpretando su mirada.

—Y yo —dijo Raley.

—Yo más. —Heat arqueó una ceja y vio que el detective se ruborizaba—. Así que en el momento en que lo descubrieron no había nadie más aquí. ¿Vieron marcharse a alguien?

—Negativo.

—Hay una burbuja de una cámara de videovigilancia en el vestíbulo —dijo Van Meter.

Raley asintió.

—Ya estamos en ello. —A continuación se volvió hacia Nikki—. Hay un armario cerrado con llave en el despacho de la encargada donde, según los de la limpieza, esta guarda la grabadora.

—Despierta a la encargada —dijo Heat—. Pídele que traiga la llave, pero no le comentes nada del cadáver. Dile solamente que han intentado entrar. No quiero que haga ninguna llamada de camino aquí y me gustaría ver su reacción al verlo.

Cuando Raley se fue a hacer la llamada, Heat les preguntó al técnico de la policía científica y al fotógrafo si habían buscado ropa, una cartera o alguna identificación en el resto de las instalaciones. Sabía cuál sería la respuesta —se trataba de profesionales—, pero había que empezar por los cimientos. Si lo obvio se consideraba demasiado obvio, al final se pasaba por

Aumenta el calor

alto y hacía que quedaran lagunas en la investigación, fruto de empezar a dar por hechas algunas cosas y de dejar de hacer comprobaciones. Le confirmaron que no habían encontrado ropa ni identificación alguna, y tampoco ningún otro efecto personal durante el primer registro.

—¿Qué te parece si el holandés y yo peinamos las manzanas colindantes para ver si alguien estaba despierto y vio algo?

—propuso el detective Feller.

Van Meter asintió.

—A estas horas no hay mucha gente en la calle, pero podemos preguntar en las cafeterías, a los basureros, a los de los camiones de reparto y esas cosas.

—Perfecto —dijo la detective Heat—. Gracias por la ayuda.

Feller le volvió a hacer ojitos.

—Por favor, Nikki. Por ti lo que haga falta. —Volvió a sacar el móvil y se arrodilló para poder ver la cara de la víctima y hacerle una foto—. No estaría de más ver si alguien lo reconoce.

—Buena idea —contestó Heat.

Cuando ya se iba, el detective Feller se detuvo.

—Oye, perdona si me he pasado con lo de los Village People. Era solo para romper el hielo.

Por mucho que no soportara que le faltaran al respeto a una víctima, lo miró y vio que se sentía avergonzado. Como veterana detective del Departamento de Policía de Nueva York, sabía que se trataba simplemente de humor policial fuera de lugar y que no pretendía ser cruel.

—Está olvidado —dijo Heat.

Él sonrió, asintió y se fue.

* * *

Lauren Parry se arrodilló en el suelo al lado de la víctima y, mientras rellenaba cada una de las casillas de su informe, le fue recitando la información a Nikki.

—Vale, tenemos a un fulano de cuarenta y muchos, de unos ciento veinte o ciento treinta kilos. Claramente fumador —declaró la forense señalando las fosas nasales— y, sin duda, bebedor.

Nikki pensó que lo de los desconocidos siempre era complicado. Sin un nombre para tirar del hilo, te encontrabas cojo en la casilla de salida. Tendrían que perder un tiempo precioso durante la investigación simplemente para descubrir de quién se trataba.

—Hora aparente de fallecimiento... —Lauren Parry miró el termómetro y continuó—. Diez menos ocho minutos de la tarde.

—¿Hace tanto? ¿Estás segura? —La amiga de Heat levantó la vista de la carpeta sujetapapeles y se la quedó mirando—. Vale, ya veo que sí.

—Aparente, Nik. Le haré las pruebas rutinarias cuando lo llevemos a la calle 30, pero de momento puedes guiarte por esa hora.

—¿Causa de la muerte?

—Quieres saberlo todo, ¿eh? —dijo la forense dejando entrever un centelleo tras su cara de póquer. Luego se quedó pensativa y se giró para observar el cadáver—. La causa de la muerte podría ser asfixia.

—¿Por el collar?

—En principio, yo diría que sí. —Lauren se puso en pie y señaló la posición del collar que se clavaba en el cuello del hombre, cuya hebilla trasera estaba tan apretada que hacía que la carne sobresaliera por los bordes—. Desde luego es suficiente para obstruir la tráquea. Además, las venas rotas de los globos oculares son otra señal de asfixia.

Aumenta el calor

—Rebobinemos. ¿Causa aparente y más probable de la muerte? —le preguntó Heat.

—Venga ya, Nikki, ya sabes que siempre te digo que la primera impresión es orientativa. —Luego Lauren Parry volvió a mirar el cadáver, valorando de nuevo la situación.

—¿Qué?

—Marquemos «asfixia» como causa aparente de la muerte hasta que le haga la autopsia.

Nikki conocía demasiado a Lauren como para presionarla en busca de alguna conjetura, al igual que su amiga la conocía demasiado a ella como para insistir en que hiciera alguna especulación.

—Vale —dijo, aun a sabiendas de que su amiga del Instituto Médico Forense le estaba dando vueltas a otra posibilidad.

Lauren abrió uno de los cajones de plástico de su equipo para coger más bastoncillos y continuó tomando muestras mientras Nikki se ponía a hacer lo que siempre hacía en el escenario de un crimen. Entrelazó las manos a la espalda y empezó a recorrer lentamente la sala, agachándose e inclinándose de vez en cuando y observando el cadáver desde todos los ángulos. Aquello no era solo un ritual, sino un procedimiento fundamental para vaciar su cabeza de posibles conclusiones o pronósticos. La idea era abrir la mente a las impresiones, dejar entrar cualquier cosa y, sobre todo, limitarse a percibir lo que estaba percibiendo.

La impresión que le daba la víctima era la de una persona físicamente inactiva. El voluminoso michelín que tenía alrededor de la cintura sugería que o bien pasaba sentado mucho tiempo o bien tenía un trabajo que no implicaba movimiento o fuerza como sucedía con el deporte, la construcción o cualquier labor manual. Como la mayoría de la gente, tenía

la piel de la parte superior de los brazos más pálida en comparación con los antebrazos, pero el contraste no era demasiado llamativo: no tenía moreno de obrero. Lo cual revelaba que pasaba poco tiempo en el exterior y que, además, o llevaba casi siempre manga larga o no tenía ningún jardín que cuidar ni jugaba al golf en ningún club. Aunque el verano había quedado atrás hacía mucho, todavía tendría que tener restos de bronceado. Se acercó más para examinar sus manos, con cuidado de no respirar sobre ellas. Eran blancas y suaves, lo que corroboraba su conclusión sobre lo de la vida de interior. Tenía unas uñas pulcras, pero no se hacía la manicura como los hombres pudientes de mediana edad o los jóvenes urbanitas preocupados por su aspecto que estaban en mejor forma. Tenía poco pelo en la coronilla, como solía ser típico de los integrantes de la franja etaria que Lauren había determinado, y mechones de canas que se entremezclaban con el color apagado de su cabello, semejante al de las limaduras de hierro. Tenía las cejas exageradamente pobladas y descuidadas, como sucedía a veces con los solteros y los viudos, y la perilla canosa le daba aspecto de académico o de persona del mundo de las artes y las letras. Nikki volvió a observar las yemas de sus dedos y se fijó en un matiz azulado que parecía pertenecer a la propia piel y no a ninguna sustancia tóxica como pintura al óleo o manchas de tinta.

Tenía cardenales, rojeces y quemaduras por todas partes, por delante, por detrás y por los lados. En el torso, en las piernas y en los brazos. Intentando seguir en su línea de mente abierta, la detective intentó no achacar las marcas a una velada sadomasoquista. Teniendo en cuenta dónde se encontraba, aquello era posible, hasta probable, pero no era nada seguro. No había cortes, pinchazos, agujeros de bala ni hemorragias evidentes que ella pudiera ver.

Aumenta el calor

El resto de la habitación estaba impoluto, al menos para tratarse de una mazmorra de tortura. Era probable que el trabajo de aspirado y de recogida de huellas de la policía científica desvelara algunas pruebas forenses, pero a simple vista no había restos visibles, colillas ni cualquier otra pista como una caja de cerillas oportunamente abandonada en el suelo con el número de habitación de un asesino anotado, como sucedía en las antiguas películas del canal TCM.

Haciendo un esfuerzo para continuar con la mente abierta, Nikki se negó a concluir siquiera que hubiera un asesino en el sentido clásico de la palabra. ¿Sería un homicidio? Posiblemente. ¿O un asesinato? Igualmente probable. Había que dejar la puerta abierta a una muerte accidental fruto de una sesión de tortura consensuada que hubiera ido demasiado lejos, con la consiguiente huida del amo de la relación a consecuencia del pánico.

Heat estaba dibujando su propio mapa de la habitación, algo que siempre hacía como anexo personal al que la policía científica archivaba, cuando el detective Ochoa llegó de la entrevista al personal de la empresa de limpieza. Saludó a Nikki en un tono grave que se suavizó al posar la vista sobre la forense.

—Detective —dijo Lauren pasándose un poco de formal.

—Doctora —respondió él, igualmente reservado. Luego Nikki pilló a Lauren sacándose algo del bolsillo lateral del traje y deslizándoselo en la mano—. Muy bien, gracias —dijo el detective Ochoa sin mirarlo siquiera y cruzó la habitación, donde les volvió la espalda y se ajustó el reloj a la muñeca. Nikki pudo imaginarse dónde se encontraba Ochoa cuando la llamada para informarle de lo del cadáver lo despertó.

El hecho de ver cómo esos dos interpretaban aquella farsa de ausencia de intimidación hizo que sintiera una punzada. Levantó el bolígrafo del plano y se quedó parada mientras recordaba cómo no hacía mucho ella y Rook habían conspirado igual

que ellos para disimular su aventura y tampoco habían conseguido engañar a nadie. Había sido en verano, durante la ola de calor, cuando él acompañaba como periodista a la brigada de homicidios de Nikki para documentarse, principalmente sobre ella, para una crónica especial que estaba escribiendo para *First Press*. Salir en la portada de una reputada revista de tirada nacional tuvo tanto su lado bueno como malo para la discreta Heat. El disgusto y las desafortunadas complicaciones de sus quince minutos de gloria vinieron acompañados por unos momentos inusitadamente tórridos con Jameson Rook. Y ahora, por una especie de relación. Bueno, pensaba — algo que había estado haciendo mucho en los últimos tiempos— que no era tanto una relación como un... ¿qué?

Cuando el ardor de su romance aumentó y alcanzó una intensidad aún mayor, sucedió algo más, fruto del paso del tiempo y del roce: se convirtió en algo más profundo, y Nikki empezó a tener la sensación de que aquella era una verdadera relación que se dirigía a buen puerto. Sin embargo, en lugar de eso acabó precipitándose desde una montaña a un precipicio, quedándose suspendida a medio camino.

Hacía cuatro semanas que se había ido. Un mes sin Rook en el que este había estado inmerso en una investigación sobre el contrabando internacional de armas para una exclusiva de *First Press*. Un mes fuera de juego mientras él iba dando tumbos por pueblos de montaña del este de Europa, puertos africanos, pistas de aterrizaje en México y Dios sabía qué más lugares. Un mes para que Nikki pudiera preguntarse en qué maldito punto estaba el uno con respecto al otro.

Las comunicaciones con Rook eran una mierda, lo cual no ayudaba en absoluto. Le había dicho que iba a estar incomunicado y que no podría hablar mucho con ella, pero venga ya. Pasar todo aquel tiempo sin noticias de él, sin una llamada

Aumenta el calor

siquiera, la estaba consumiendo, no hacía más que preguntarse si estaría vivo, si se estaría pudriendo en alguna cárcel de un líder militar o algo así. ¿De verdad no había podido ponerse en contacto con ella en todo ese tiempo, o simplemente no se había esforzado lo suficiente para hacerlo? Al principio Nikki lo negaba, pero tras días y noches intentando dejar de darle vueltas a la cabeza, ahora se enfrentaba a la idea de que tal vez el encanto de Jameson Rook, el pícaro trotamundos, se estaba desgastando. Por supuesto, respetaba su carrera como periodista de investigación que había ganado dos veces el premio Pulitzer y sabía intelectualmente lo que iba con todo aquello, pero la forma en que había desaparecido del mapa, la forma en que había desaparecido de su vida, le había hecho cuestionarse inevitablemente no solo el punto en el que se encontraban como pareja, sino en el que él se encontraba con respecto a ella.

Nikki miró el reloj y se preguntó qué hora sería dondequiera que estuviera Jameson Rook. Luego consultó el calendario. Rook le había dicho que volvería en cinco días. Pero para ella la cuestión era en qué punto estarían entonces.

* * *

Heat valoró sus opciones y decidió que sería más productivo para ella esperar a que la gerente de la casa de citas clandestina llegara y abriera el armario del vídeo. Así su par de detectives estarían libres para enganchar a algunos agentes y peinar el vecindario a pie. Ya que el equipo del taxi se había presentado voluntario para preguntar en las cafeterías, a los trabajadores de los turnos de noche y a los repartidores, les encargó a Raley y Ochoa (a los que solía llamar colectivamente y de forma cariñosa «los Roach») que se dedicaran a buscar alguna identificación o alguna cartera.

—Mirad en los sitios de siempre: papeleras, contenedores, rejillas del metro, escaleras de bloques de apartamentos o cualquier otro lugar apropiado para tirar algo y salir corriendo. En este barrio no hay muchos edificios con portero, pero si veis a alguno, preguntadle. Ah, e id a la Phoenix House que hay en esta manzana. Puede que alguno de nuestros amigos del centro de desintoxicación estuviera despierto y oyera o viera algo.

Los móviles de los Roach sonaron apenas un par de segundos después. Heat cogió su teléfono y dijo:

—Es una fotografía de la cara de la víctima que os acabo de enviar por correo electrónico. Si os encontráis a alguien a quien enseñársela, hacedlo, nunca se sabe.

—Vale —dijo Ochoa—. ¿A quién no le encantaría que le plantaran una foto de un muerto por asfixia delante de las narices antes de desayunar?

—Y tomad nota de todas las cámaras de videovigilancia desde las que se vea la calle. Bancos, joyerías, ya conocéis la cantinela. Podemos pasarnos para ver las imágenes esta misma mañana, cuando abran —les gritó Nikki cuando empezaron a subir las escaleras en dirección a la calle.

* * *

La detective Heat tuvo que sacudirse el mal humor después de hablar con la gerente de Lazos de Placer. Nikki dudaba de que Raley la hubiera despertado. Por el contrario, Roxanne Paltz parecía llevar despierta toda la noche. Iba maquilladísima y llevaba puesto un ceñido traje de vinilo que crujía cuando cambiaba de postura en la silla de la oficina. Sus gafas de abuela tenían lentes azules que hacían juego con las puntas de su cabello puntiagudo y dañado por el tinte, y desprendía un inconfundible olor a marihuana. Cuando Nikki le contó la verdade-

Aumenta el calor

ra razón por la que estaban allí, el hombre muerto en su cámara de tortura, se puso pálida y se tambaleó. Heat le enseñó la foto en el móvil y la mujer estuvo a punto de vomitar. Se sentó vacilante y bebió un sorbo del agua que Nikki le ofreció del dispensador, pero, una vez recuperada, aseguró que era la primera vez que veía a aquel tipo.

Cuando Nikki le preguntó si podía echar un vistazo al vídeo de vigilancia, se produjo un enfrentamiento y de pronto Roxanne Paltz empezó a soltar una perorata sobre sus derechos constitucionales. Hablando con la autoridad de alguien que no era la primera vez que se metía en líos por llevar un negocio de comercio sexual, alegó justa causa, allanamiento de morada, confidencialidad profesional y libertad de expresión. Tenía un número de marcación rápida asignado para su abogado y, aunque no eran ni las seis de la mañana, lo llamó para despertarlo y Nikki tuvo que aguantar su ceño fruncido lleno de rímel al estilo mapache mientras repetía como un loro la certeza de su abogado de que no se podía abrir ningún armario ni visionar ningún vídeo sin una orden judicial.

—Solo le pido que colabore un poco —dijo Nikki.

Roxanne permaneció allí sentada escuchando al abogado que estaba al teléfono asintiendo sin cesar mientras el vinilo crujía con cada uno de sus movimientos de cabeza. Finalmente, colgó.

—Dice que se vaya a tomar por el culo.

Nikki Heat se quedó callada y esbozó una leve sonrisa.

—Lo cierto es que, a juzgar por algunos de los aparatos que tiene aquí, probablemente este sería el mejor lugar para hacerlo.

* * *

La detective sabía que conseguiría la orden de registro, y acababa de colgar después de llamar al centro para poner los engranajes en funcionamiento, cuando el teléfono vibró en su mano. Era Raley.

—Sube, creo que tenemos algo.

Nikki regresó arriba, a la acera, esperando ver el sol, pero todavía estaba oscuro. Había perdido la noción del tiempo y del espacio allá abajo, y consideró que, probablemente, esa era la idea.

Los detectives Raley, Ochoa, Van Meter y Feller estaban situados en semicírculo bajo el toldo de lona verde de la tienda de ultramarinos que había al otro lado de la calle. Mientras cruzaba la 74 para reunirse con ellos, Nikki tuvo que detenerse para no ser arrollada por un repartidor que iba en una bici de rueda ancha. Observó el rastro que su aliento dejaba mientras pasaba de largo con el pedido del desayuno de alguien traqueteando en la cesta de alambre y pensó que, en contra de lo que creía, tal vez el suyo no fuera el trabajo más duro de la ciudad.

—¿Qué tenéis? —preguntó mientras se acercaba a su equipo.

—Hemos encontrado algo de ropa y un zapato embutidos en el hueco que hay entre esos dos edificios —dijo Ochoa mientras dirigía el haz de luz de su linterna Streamlight Stinger hacia el hueco que había entre las paredes de la tienda de ultramarinos y el salón de manicura del portal de al lado. Raley le mostró a Heat un par de pantalones oscuros y un mocasín negro con borlas antes de meterlos en una bolsa de pruebas de papel marrón.

—Es el típico sitio donde esconden los alijos —dijo Ochoa—. Lo aprendí en Narcóticos.

—Pásame la linterna, Inspector Gadget, creo que hay más cosas. —Raley le cogió el minifoco a su compañero y se agachó

Aumenta el calor

delante del hueco. Unos segundos después sacó el mocasín que faltaba para completar el par —. Vaya, ¿qué os parece?

—¿Qué? —preguntó Ochoa—. No seas capullo, ¿qué es?

—Espera un segundo. Si no hubieras cogido unos kilitos, podrías haberlo hecho tú. —Raley giró el hombro para tener un ángulo mejor para extender el brazo en el estrecho hueco—. ¿Qué tenemos aquí? Otro collar.

Nikki esperaba ver algún artilugio fetichista de cuero con tachuelas picudas y anillas de acero inoxidable, pero cuando Raley por fin se levantó y le tendió lo que tenía en la mano enguantada, vio que no se trataba en absoluto de ese tipo de collar, sino de un alzacuello eclesiástico.

* * *

En 2005, la ciudad de Nueva York destinó once millones de dólares a modernizar los recursos de alta tecnología del Departamento de Policía construyendo el Centro de Crimen en Tiempo Real (RTCC), un centro de operaciones informáticas que, entre otras cosas, facilita informes criminalísticos e información policial a los agentes que están sobre el terreno con asombrosa inmediatez. Por eso en una ciudad de ocho millones y medio de habitantes a la detective Heat le llevó menos de tres minutos descubrir la posible identidad de la víctima de la mazmorra de tortura. El Centro de Delincuencia accedió a los informes y le proporcionó una denuncia por desaparición interpuesta la noche anterior por el ama de llaves de la rectoría de una parroquia a nombre del padre Gerald Graf.

Nikki encomendó a los Roach que se quedaran y continuaran peinando la zona mientras ella iba en coche a las afueras para entrevistar a la mujer que había interpuesto la denuncia por desaparición. Los detectives Feller y Van Meter estaban ya

fuera de servicio, pero el Holandés se ofreció a ayudar a los Roach a seguir llamando a las puertas. Feller apareció en la ventanilla del coche de Heat y le dijo que, si no le importaba la compañía, estaría encantado de ser su copiloto. Ella vaciló, imaginándose que lo que Feller intentaba era tener una oportunidad para invitarla a tomar una copa más tarde o a ir a cenar. Pero un detective veterano se estaba ofreciendo a ayudarla en un caso en su tiempo libre y eso era algo que no podía rechazar. Si intentaba endilgarle una cita, ya se las apañaría.

Nuestra Señora de los Inocentes quedaba en el extremo norte del distrito policial, a media manzana de la calle 85 entre la avenida West End y Riverside. A aquellas horas en que aún estaba empezando la hora punta matinal, les llevaría como mucho cinco minutos llegar allí. Pero en cuanto Heat llegó a Broadway, cogieron un semáforo en rojo delante del teatro Beacon.

—Me alegro de poder estar por fin un rato a solas contigo —dijo Feller mientras esperaban.

—Desde luego te agradezco la ayuda, Randy —dijo Nikki, apresurándose a echar balones fuera—. Nunca viene mal otro par de ojos y orejas.

—Así puedo preguntarte una cosa sin tener a todo el mundo alrededor.

La detective levantó la vista hacia la luz del semáforo y se planteó sacar la sirena.

—¿Sí?

—¿Qué tal te ha salido el examen para teniente? —inquirió. Desde luego, no era la pregunta que esperaba. Nikki se volvió para mirarlo—. Verde —dijo él, y ella siguió adelante.

—No lo sé, aunque creo que bien. Es difícil saberlo a ciencia cierta —respondió—. Aún estoy esperando que me envíen los resultados.

Aumenta el calor

El examen de servicio civil del departamento había tenido lugar hacía poco tiempo y Heat se había presentado, no tanto porque deseara ascender, sino porque no sabía cuándo lo volverían a convocar. Los recortes presupuestarios por la crisis económica habían afectado a Nueva York al igual que a cualquier otra ciudad y una de las medidas que se habían tomado el año anterior había sido recortar los ascensos posponiendo los exámenes de avance de rango que estaban programados.

El detective Feller se aclaró la garganta.

—¿Y si te digo que me he enterado de que lo has bordado? —Ella lo miró de soslayo y luego se concentró en el conductor de la furgoneta de reparto de pan que había parado en doble fila en su carril sin las luces de emergencia. Mientras ponía el intermitente y esperaba a que quedara libre el carril para adelantar, él continuó—. Lo sé de buena tinta.

—¿Cómo?

—Fuentes internas. De la central. —Extendió la mano hacia el salpicadero—. ¿Te importa si bajo la temperatura? Estoy empezando a asarme.

—Tú mismo.

—Procuro tener mi propia red de contactos. —Bajó el regulador un punto y luego decidió bajarla uno más antes de volver a acomodarse en el asiento—. No pienso tirarme el resto de mi vida en ese taxi, ¿entiendes?

—Claro, claro. —Nikki giró para esquivar la furgoneta del pan—. Bueno, gracias por la información.

—Así que cuando apruebes los orales y el resto de las pruebas que te hagan pasar, como aprenderte el saludo secreto y esas cosas, y finalmente te asciendan, por favor, no te olvides de tus amigos.

«Vaya, así que era eso», pensó Nikki. Se sentía un poco avergonzada. Todo ese tiempo pensando que Feller quería pe-

dirle una cita, cuando en realidad lo único que pretendía era incluirla en su red de contactos. Recordó la imagen de él en el bar al que iban los policías haciendo el payaso con aquella gilipollez del babero para comer langosta, y se preguntó si de verdad hacía todas aquellas tonterías para divertirse o si realmente se trataba solo de un papel para caerle bien a la gente. Y cuanto más hablaba él, más recordaba ella la imagen.

—Cuando consigas la barra dorada, recibirás buenas noticias de tu comisaría en relación a un cambio. Ya sabes a qué me refiero.

—Creo que no —dijo ella. Cogieron otro semáforo en rojo en la calle 79 y, por desgracia, era de los largos.

—¿Crees que no? No me hagas reír —dijo él—. Me refiero al capitán Montrose.

Nikki sabía perfectamente a qué se refería. Su capitán, su mentor, el capitán Montrose, estaba sometido cada vez a mayor presión por parte de la Jefatura Superior de Policía de Nueva York en relación a la dirección de la comisaría 20. Ya fuera por la crisis económica, por el aumento del desempleo o por el retorno a los oscuros días del caos previo a Giuliani, el número de delitos estaba aumentando paulatinamente en los cinco condados. Y lo que era peor, estaba tocando techo en época de elecciones. Así que, como era de esperar, la bola de estiércol había rodado colina abajo directa hacia los comisarios. Pero Heat sabía que con su capitán se estaban ensañando. A Montrose lo trataban de forma especial, lo convocaban para reuniones privadas adicionales y para echarle la bronca, y pasaba tanto tiempo en Jefatura como en su oficina. Su carácter se había agriado debido a la presión y se había vuelto inusitadamente distante. O, más que distante, reservado. Nikki se preguntaba si tendría algún otro problema aparte de las estadísticas perfectas de la comisaría. Lo que ahora le molestaba a Heat era que la humi-

Aumenta el calor

llación privada de su jefe se había convertido en un cotilleo del departamento. Si Feller se había enterado, el resto también. La lealtad le hizo enfrentarse a él para apoyar a su jefe.

—Oye, Randy, ¿a quién no presionan hoy en día? Tengo entendido que las reuniones semanales del departamento de Estadística Comparativa en la Jefatura son una pesadilla para todos los capitanes, no solo para el mío.

—Desde luego —dijo él asintiendo—, deberían poner un sumidero en el suelo para achicar la sangre. Verde.

—Madre mía, si acaba de cambiar. —Nikki pisó el acelerador.

—Perdona. El Holandés tampoco lo soporta. ¿Lo ves? Necesito sacar el culo de ese taxi. —Bajó la ventanilla y escupió. Cuando la volvió a cerrar, añadió—: No se trata solo de las cifras de resultados. Tengo un colega en Asuntos Internos. Tienen a tu amiguito en el punto de mira.

—Estás de broma.

—De eso nada.

—¿Por qué?

Él se encogió de hombros de forma exagerada.

—Es Asuntos Internos. ¿Tú qué crees?

—No, no me lo trago —dijo ella.

—Pues no lo hagas. Tal vez esté limpio, pero te digo que tiene el cuello encima del tronco y que están afilando el hacha.

—Ni «tal vez» ni nada, Montrose está limpio. —Giró a la izquierda hacia la calle 85. Una manzana y media más adelante, vio la cruz del tejado de la iglesia. A lo lejos, al otro lado del Hudson, los edificios y las colinas estaban bañados en la luz rosada del amanecer. Nikki apagó las luces mientras cruzaba la avenida West End.

—¿Quién sabe? —dijo Feller—. Tú asciende, puede que te dejen al mando de la comisaría si lo echan.

—No lo van a echar. Montrose está bajo presión, pero es íntegro como el que más.

—Si tú lo dices...

—Sí, lo digo. Es inquebrantable.

Mientras Nikki se bajaba del coche delante de la rectoría, deseó haber hecho el viaje sola. No, lo que deseaba era que Feller simplemente la hubiera invitado a tomar una copa, a jugar a los bolos o a acostarse con él. Lo habría llevado mejor.

Se dispuso a tocar el timbre pero, antes de hacerlo, vio una cabecita a través del sucio cristal de la puerta. Esta se abrió y en el umbral apareció una mujer diminuta de sesenta y muchos años.

Nikki consultó las notas que había tomado del mensaje del Centro de Crimen en Tiempo Real.

—Buenos días, ¿es usted Lydia Borelli?

—Sí, y usted es de la policía, obviamente.

Después de haber enseñado sus identificaciones y de haberse presentado, Nikki siguió adelante.

—¿Fue usted la que llamó por lo del padre Graf?

—Estoy muerta de preocupación. Pasen, por favor. — Los labios del ama de llaves temblaban y sus manos revoloteaban nerviosas. De hecho, no consiguió agarrar la manilla de la puerta a la primera para cerrarla—. ¿Lo han encontrado? ¿Está bien?

—Señora Borelli, ¿tiene alguna fotografía reciente de él que me pueda enseñar?

—¿Del padre? Seguro que hay alguna... Ya sé.

Les hizo atravesar la sala de estar pisando las gruesas alfombras que enmudecían sus pasos, para entrar en el estudio del pastor, que estaba en la habitación contigua. En las estanterías del mueble empotrado que estaba sobre la mesa, había varias fotos en marcos de cristal entre los libros y las figuritas de adorno. El ama de llaves cogió una de ellas y pasó un dedo

por la parte superior del marco para quitarle el polvo antes de pasársela.

—Esta es del verano pasado.

Heat y el detective Feller se pusieron uno al lado del otro para examinarla. La foto estaba tomada en una especie de protesta y en ella aparecía un cura con tres manifestantes hispanos, de brazos cruzados, liderando una marcha tras una pancarta. La cara del padre Graf, congelada mientras gritaba una consigna, era sin duda la misma del cadáver hallado en Lazos de Placer.

El ama de llaves reaccionó estoicamente ante las noticias y, después de santiguarse, bajó la cabeza para rezar en silencio. Cuando hubo acabado, los vasos sanguíneos se le marcaban en la sien y las lágrimas le rodaban por las mejillas. Había pañuelos de papel en un extremo de la mesa, al lado del sofá. Nikki le ofreció la caja y ella cogió algunos.

—¿Cómo sucedió? —preguntó esta, con los ojos clavados en los pañuelos de papel que tenía en las manos.

Dada la frágil apariencia de la mujer, Heat consideró que aquel no era el momento oportuno para darle los detalles de la muerte del sacerdote en una mazmorra de tortura y humillación sadomasoquista.

—Aún estamos investigando.

La mujer levantó la cabeza.

—¿Sufrió?

El detective Feller miró a Nikki con los ojos entornados y se volvió para ocultar la cara, centrándose repentinamente en volver a poner la foto en la estantería.

—Dispondremos de más información cuando tengamos el informe del forense —respondió Nikki con la esperanza de que su evasiva fuera lo suficientemente ingeniosa como para que se la tragara—. Sabemos que ha sido una gran pérdida

para usted, en breve vamos a necesitar hacerle algunas preguntas para que nos ayude. Pero no ahora.

—Por supuesto, lo que necesiten.

—Lo que nos resultaría muy útil en este momento, señora Borelli, sería que nos permitiera revisar la rectoría. Ya sabe, echarle un vistazo a sus papeles, a su habitación...

—A su armario —añadió Feller.

Nikki continuó.

—Queremos ver si encontramos algo que nos ayude a descubrir quién lo hizo.

El ama de llaves le dirigió una mirada confusa.

—¿Otra vez?

—Digo que nos gustaría registrar la...

—Ya la he oído. Me refiero a si necesitan registrarla otra vez.

Heat se inclinó hacia la mujer.

—¿Está diciendo que ya ha venido alguien a hacer un registro?

—Sí. Anoche, otro policía. Dijo que se estaba ocupando de mi denuncia por desaparición.

—Ya, bueno, a veces nuestras líneas se cruzan —dijo Nikki. De hecho, bien podría ser el caso, pero cada vez se sentía más intranquila. La mirada que Feller le dirigió decía que él también tenía la mosca detrás de la oreja—. ¿Le importaría decirme quién era ese policía?

—He olvidado el nombre. Me lo dijo, pero yo estaba muy alterada. Se me fue el santo al cielo. —El ama de llaves se rio y luego ahogó un sollozo—. Pero me enseñó una placa como las tuyas, así que le dejé campar a sus anchas. Yo me puse a ver la tele mientras él andaba por ahí.

—Muy bien, estoy segura de que ha presentado un informe. —Nikki abrió su bloc de espiral de periodista—. Si me lo

Aumenta el calor

describiera, tal vez podría ahorrarme ciertos trámites burocráticos.

—Claro. Era alto y negro ¿o ahora se dice afroamericano? Era muy amable y tenía una cara muy agradable. Estaba calvo. Ah, y tenía una pequeña marca de nacimiento o un lunar justo aquí —dijo dándose unos golpecitos en la barbilla con un dedo.

Heat dejó de escribir y le puso la tapa al bolígrafo. No necesitaba más datos. El ama de llaves acababa de describir al capitán Montrose.